



Hechos Y Glosas

● DEPORTE Y EDUCACION

Se habla mucho en nuestros tiempos de la importancia del deporte y de su alto valor educativo. El adagio latino de "mente sana, en cuerpo sano" se ha vuelto ya un lugar común. Tal vez se ha llegado hasta a exagerar demasiado el puesto que debe ocupar el deporte en la vida estudiantil y dentro de la jerarquía de valores de la sociedad moderna.

Nada es la exageración de su importancia, como la desnaturalización misma del deporte y de su misión educativa, lo cual ha producido efectos contraproducentes y consecuencias desastrosas para la juventud en particular y la sociedad en general.

Uno de los fines primordiales de la educación es precisamente enseñar a los educandos a hacer USO de tantas cosas materiales e inmateriales que están a su alcance en la vida. Hacer USO, se entiende, rectamente; porque hacer mal uso de algo es ABUSAR. Mal pueden nuestros colegios educar si permiten el ABUSO del deporte.

Hacer mal uso del deporte es olvidar que debe encaminarse al desarrollo integral del hombre y no simplemente al logro de una contextura atlética. Mas importante es todavía aprovechar el deporte para la formación del carácter y para la educación de los sentimientos.

Saber ganar sin insolencia, saber perder sin alharacas; animar y vitorear al propio equipo sin insultar ni ofender al contrincante; acatar las decisiones de los árbitros, aun cuando se equivoquen, demostrando la necesaria disciplina; hacer gala de caballerosidad con los competidores, que no deben tratarse como enemigos; huir de la vulgaridad en las "hurras" y de la violencia en los modales; respetar todos los valores humanos que están por encima del deporte, como son la educación, la amistad, el compañerismo, la familia, la religión, la nacionalidad. En fin, aquí tienen los educadores oportunidades únicas para cincelar el carácter y para encauzar en forma constructiva el torrente de sentimientos juveniles.

La educación del hombre, compuesta de cuerpo y alma, no puede ser completa si no abarca todas sus facultades. Además del desarrollo físico del joven, el deporte debe procurar la formación moral de su alma. De lo contrario, en vez de hombres íntegros, lograremos hermosos ejemplares de una fauna de bípedos.

Otro mal uso del deporte en nuestro medio, consiste en convertirlo en simple espectáculo, una especie de circo romano donde también se arrojan cristianos a las fieras. Los cristianos son aquí las normas mas elementales de la educación; y las fieras, verdaderas fieras, ciegas, inconscientes y voraces, son esos chiquillos desenfrenados que se ha dado en llamar "fanáticos".

En nuestros colegios no se practica el deporte con la intensidad debida. Generalmente son pocos los alumnos que juegan. En las competencias intercolegiales se da exagerada importancia al "basket-ball" en detrimento de otras actividades del músculo. Se juega, mas que todo, para ganar. Y se busca el triunfo a toda costa, como cuestión de vida o muerte, como si de una competencia dependiera el prestigio y el honor mismo del colegio. Se desarrolla entonces un fenómeno colectivo, una verdadero "psicosis", una pasión morbosa, que vuelve locos a los "fanáticos". Y la "locura" contagia muchas veces hasta al personal docente e invade el seno de la familia, llega a las columnas de la prensa, sale a la calle y siembra el odio y la división donde debe reinar la fraternidad y la unión.

Ser "fanático" no es ser deportista, como no es artista el que sabe escuchar música porque puede manejar un radio o un tocadiscos. Ser deportista es practicar el deporte y aun el que sin practicarlo tiene ESPIRITU DEPORTIVO, que está muy lejos de parecerse al "fanatismo" ciego e inconsciente.

Sobrada razón tuvieron las autoridades eclesiásticas al pedir a los colegios católicos que se retiren del campeonato de "basket-ball". En la forma en que se desarrollaban las competencias, el resultado de las mismas era mas perjudicial que beneficioso. La prudencia exigía la suspensión de las justas deportivas, como un mal menor, para salvaguardar los valores morales que estaban en juego.

Esto no quiere decir que suprimir las competencias pueda ser en el futuro un remedio para el mal. El abuso no quita el uso. Sería una lástima prescindir del enorme valor educativo del deporte, sólo para evitar los abusos que se han cometido en el pasado. Sería una actitud medrosa y estéril, propia de hombres de poca fe en las grandes posibilidades de la juventud estudiosa.

El problema del deporte en nuestro medio necesita una labor conjunta del personal docente de los colegios y de las autoridades deportivas, en colaboración con la prensa y los padres de familia.

No olvidemos que los niños de hoy son los hombres del mañana, los ciudadanos que manejarán el destino de la Patria. ¿Cómo se comportarán en la vida civil y política los que hoy no saben conducirse en una simple competencia deportiva? Si seguimos así, en vez de ciudadanos tendremos demagogos, y en lugar de pueblo, formaremos una chusma irresponsable.

Aunque parezca paradójico, para que el deporte sirva para la educación, se necesita educar al estudiante para el deporte, con el deporte y en el deporte.